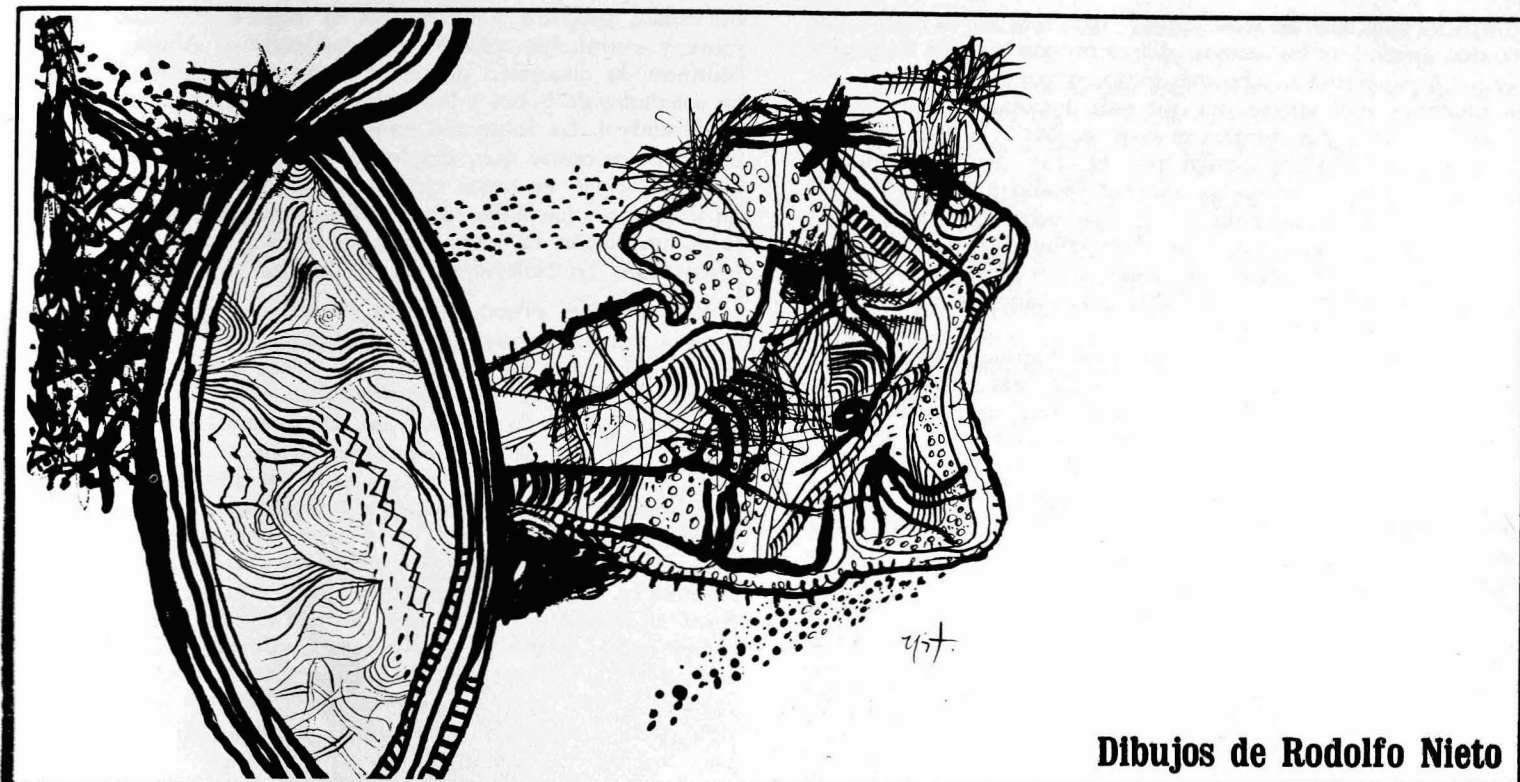


Carlos Fuentes | Carne, esferas, ojos grises junto al Sena



Dibujos de Rodolfo Nieto

En la ciudad de París, fuente de toda sabiduría y manantial de las escrituras divinas, el persuasivo Demonio inculcó una perversa inteligencia en algunos hombres sabios.

CAESARIUS VON HEISTERBACH,
Dialogus Miraculorum, s. XIII.

I have sung women in three cities.
But it is all one.
I will sing the sun.
... eh? ... they mostly had grey eyes.
But it is all one, I will sing of the sun.

EZRA POUND,
Cino, s. XX.



Increíble el primer animal que soñó con otro animal. Monstruoso, el primer vertebrado que logró incorporarse sobre dos pies y sembrar el terror entre los mamíferos normales que aún se arrastraban, con alegre y natural cercanía, por el fango creador. Asombrosos el primer telefonazo, el primer hervor, la primera canción y el primer taparrabos. Pero la razón, ni tarda ni perezosa, nos indica que apenas se repite, lo extraordinario se vuelve ordinario y lo que antes pasaba por común y corriente ocupa el lugar del portento: arrastrarse por el suelo, enviar palomas mensajeras, comer venado crudo y abandonar a los muertos en las cimas.

Que las aguas del Sena hirviesen pudo haber sido, treinta y tres días y media jornada antes, una milagrosa calamidad; un mes más tarde, nadie volteaba a mirar el fenómeno. Las barcas negras, al principio sorprendidas por la súbita ebullición y arrojadas violentamente contra las murallas del cauce, habían dejado de luchar contra lo inevitable. Los hombres del río se pusieron las gorras de estambre, apagaron los negros tabacos y subieron como lagartijas a los muelles; los esqueletos de las barcas se amontonaron bajo la mirada de Carlomagno y allí permanecieron, espléndidas ruinas de carbón, fierro y astilla.



Pero las gárgolas de Notre-Dame, que sólo saben de la abstracción general de los sucesos, abarcaron con sus ojos de piedra negra un panorama mucho más vasto, y, por fin, doce millones de habitantes entendieron por qué esos demonios de antaño sacaban la lengua, con feroces muecas de burla, a la ciudad de París. Era como si el motivo por el que fueron esculpidas se revelase, ahora, con una actualidad escandalosa. Las pacientes gárgolas, sin duda, habían esperado ocho siglos para abrir los ojos: a los lejos, las cúpulas y la fachada entera del Sacre-Coeur amanecieron pintadas de negro; ocho siglos para tararear con las lenguas bífidas: aquí abajo, a la mano, la maqueta del Louvre se hizo transparente.

Gracias a una somera investigación las despistadas autoridades pudieron concluir que aquella pintura era mármol y esta invisibilidad cristal. Las imágenes de la basílica cambiaron, como ella de color, de raza: ¿cómo persignarse frente al ébano lustroso de una virgen, cómo esperar el perdón de los gruesos labios de un Cristo francamente ajeno al Cáucaso? Los cuadros y las esculturas del museo, en cambio, adquirieron una opacidad que muchos decidieron atribuir al contraste con los muros, pisos y techos cristalinos. Nadie pareció incomodarse porque la Victoria de Samotracia levitaba sin aparente sustento. Aunque la duda volvió a apoderarse de los espíritus cuando se observó que, precisamente en virtud de su recién adquirida espesura en medio de tanta ligereza, la máscara del Faraón se sobreponía, en la nueva perspectiva liberada, a los rasgos de la Gioconda y éstos a los del Napoleón de David.

Pasaron treinta y tres días y medio durante los cuales, aparentemente, el Arco del Triunfo se convirtió en arena y la Torre Eiffel en jardín zoológico. Hablamos de apariencias, pues una vez pasada la primera agitación, nadie se tomó el trabajo de tocar la piedra que, a ojos vistas, parecía arena. Arena o piedra, permanecía en su sitio y al cabo nadie le pedía otra cosa: no una nueva naturaleza, sino una forma reconocible y una ubicación reconfortante. En cambio, si el Arco, siempre de piedra, hubiese aparecido en el sitio que habitualmente ocupa, en la esquina de la Rue Vaneau y la Rue de Babylone, una farmacia...

Por lo que se refiere a la Torre, su transformación sólo fue criticada por los suicidas potenciales, que al hacerlo revelaron sus insanas intenciones y debieron guardar compostura, en espera de que se construyesen arrojaderos equivalentes.

—No es sólo la altura; tan importante o más es el prestigio del lugar desde donde se salta— le dijo uno de estos a Polo Phoibee* una tarde cualquiera, mientras nuestro joven y bello amigo proseguía sus ocupaciones normales, convencido de que hacer otra cosa sería como gritar “¡Fuego!” dentro de un cine un domingo por la noche.

Al público le divirtió que la oxidada traba de la Exposición Universal sirviese como columpio de monos, rampa de leones, guardia de osos y pobladísimo aviario. Casi un siglo de repro-

ducciones, símbolos y referencias la habían reducido al más triste y entrañable estado de lugar común. Ahora, el vuelo continuo, la dispersión de palomas, las formaciones de gansos, las soledades de búhos y los racimos de murciélagos entretenían y agradaban. La inquietud empezó cuando un niño señaló el paso de un buitre que, desplegando sus alas en la punta del armazón, trazó un vasto círculo sobre Passy y enseguida voló en línea recta hacia las torres de Saint Sulpice, donde se instaló en un rincón del perpetuo andamiaje y miró, con avaricia e irritación, las calles desiertas del barrio.

Polo Phoibee primero apartó de sus ojos el fleco rubio, se arregló con una mano (pues no tenía dos) la espesa melena que le caía sobre los hombros y se asomó a la ventanilla de la pieza que ocupaba en el séptimo piso del viejo edificio para saludar a un sol de verano, que, como todas las mañanas del verano en París, debía aparecer de pie en una carroza de brumas calientes, atendido por una corte de perfumes minuciosos y callejeros. Hoy, sin embargo... Polo miró hacia las torres de Saint Sulpice, repitiendo en la mente el catálogo de los olores acostumbrados. El buitre se instaló en el andamiaje y Polo husmeó en vano; ni el pan recién horneado, ni las flores pasajeras, ni la chicoria hervida, ni las aceras húmedas, ni las coles y beterragas, ni el humo de Gauloises, ni el vino derramado sobre paja y madera. La Rue du Four se negaba a respirar y la bruma no era el acostumbrado vehículo del sol. El buitre desapareció, inmóvil, entre las nubes de humo negro que salían, con un aliento de fuelle, por las torres de la iglesia. Y el enorme vacío de olores se llenó, de un golpe, con un ofensivo y gigantesco jadeo, como si el infierno hubiese descargado toda la congestión de sus pulmones. Dicho con rigor y sin odiosas metáforas: Polo olió carne humana, pelo y uñas, carne quemada.

Por primera vez en sus veintidós veranos, cerró la ventana y se detuvo sin saber qué hacer. Apenas pudo darse cuenta de que en ese mismo instante empezó a añorar el signo de libertad que era esa ventana perpetuamente abierta, de día y de noche, en invierno y en verano, lloviese y tronase. Apenas pudo identificar su desacostumbrada indecisión con un sentimiento de que él, y el mundo en torno a él, envejecían sin remedio. Inmediatamente, Polo Phoibee, que había dormido desnudo, (otra imagen bien meditada de su libertad) entró a la ducha portátil escuchó el ruidoso tamborileo del agua contra la hojalata pintada de blanco, se enjabonó cuidadosamente y con delicadeza a partir de la espuma acumulada en el dorado vello del pubis levantó su único brazo y dirigió la regadera hacia el rostro dejó que el agua corriera por su boca, cerró la llave, se secó salió de ese pequeño e impecable confesionario y, sin pensar en hacerse el desayuno, se puso una camisa color de rosa y unos pantalones de pana amarilla, calzó sandalias de cuero, echó una rápida mirada al cuarto donde había sido tan feliz, se golpeó la cabeza contra el techo bajísimo y descendió rápidamente, si-

* Nombre nada llamativo en la época en que sucede esta historia; tan común como otros que por entonces se popularizan, v.g., Pilar Ternera, Thelma Todd, Owen Wingrave, Arsenio Cué, Nadja y Talita, Duke Mantee, Richard Hannay, Cashel Boyle O'Connor Fitzmaurice Tisdall Farrell, Pichula Cuéllar, Archibaldo de la Cruz, Boris Arson, Mikhail

Alexandrovitch Berlioz, Vittoria Accoramboni, Eudes d'E'toile, Lola Lola, César Paladion, Yusef Lateef, Stella Dallas, Dolores Rondón, Melao Gómez Avila, Albert Campion, Titus Groan, Rrose Sélavy, Alice Toklas y Chalchiuhtlicue. La verdad es que la explosión demográfica, por fuerza, tendrá que originar un paralelo estallido en el orden bautista.

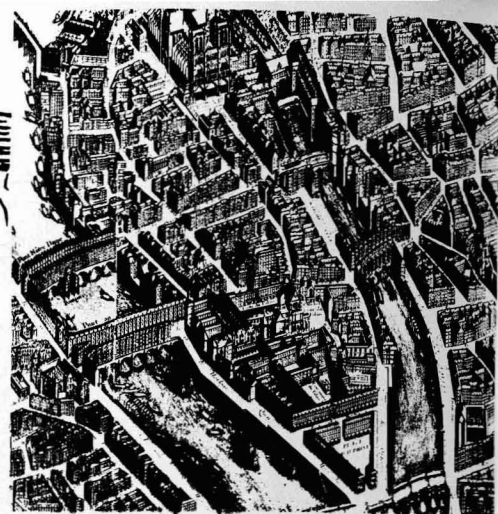
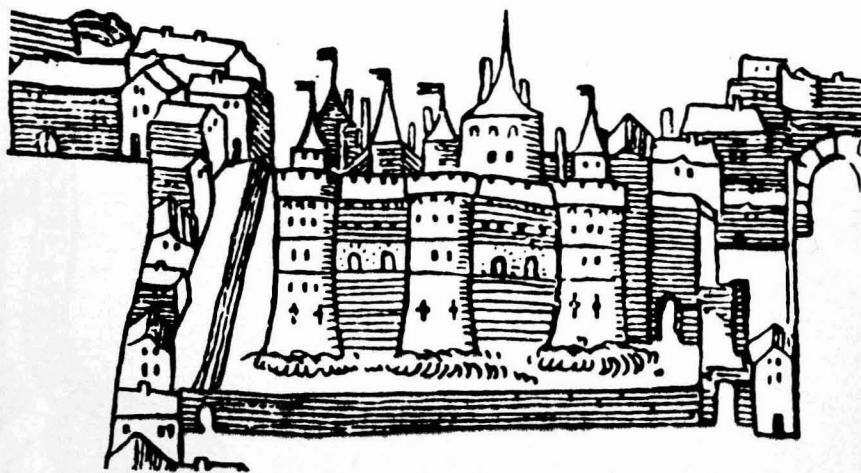


hacer caso de los botes de basura vacíos en cada descanso de la escalera.

En el entresuelo, se detuvo y tocó con los nudillos a la puerta de la conserje. No obtuvo respuesta y decidió entrar a recoger su posible correspondencia. Como todas las puertas de conserje, esta era mitad de madera y mitad de vidrio, y Polo Phoibee sabía que si el rostro ensimismado de Madame Zaharia no asomaba entre las cortinillas, era que Madame Zaharia estaba ausente y, sin nada que ocultarle al mundo (pues tal era su más repetida expresión) no tenía inconveniente en que los inquilinos entraran a recoger las cartas que ella dejaría clasificadas sobre la mesa. Polo, en consecuencia, decidió entrar a esa cueva de pérdidas gentilezas, donde el vapor de un eterno cocido de coles empañaba los mementos fotográficos de soldados muertos y sepultados, primero bajo la tierra de Verdún y ahora bajo la película de vapor. Y si unos minutos antes la indecisión se había apoderado del ánimo de Polo Phoibee como un aviso de desencanto y vejez, ahora la actividad (entrar a la pieza de la conserje en busca de un correo improbable) le pareció un acto de inocencia primigenia. Absorto en esta sensación, pasó el umbral. Pero la novedad física fue más fuerte que la novedad espiritual. Por primera vez desde que recordaba, nada hervía en la cocina y las fotos de los soldados muertos eran un límpido espejo de sacrificios inútiles y tiernas resignaciones. El olor también se había despedido de la habitación de Madame Zaharia. Pero el ruido no. En su camastro, sobre las colchonetas floreadas de viejos inviernos, la conserje, menos ensimismada que de costumbre, retenía en la garganta un espumoso aullido.

Pasarán muchos soles antes de que Polo Phoibee condescienda a analizar las impresiones que la postura y el estado, o sea el efecto y la causa, de Madame Zaharia, le provocaron. Acaso sea posible adelantar, sin autorización del protagonista, que los términos de su conciencia matutina se invirtieron. Sin detenerse a pensarlo, corrió a llenar un balde de agua, a prender el fuego de la estufa y a poner a hervir el agua mientras, con una mezcla de sabiduría atávica y de simple estupefacción, reunía toallas y rasgaba sábanas. El hecho singular se había repetido demasiadas veces durante los pasados treinta y tres días y medio. Polo se arremangó el único brazo útil con los dientes (la otra manga estaba sujeta con alfileres) y se hincó entre las piernas abiertas y los febriles muslos de Madame Zaharia, listo a recibir la cabecita que pronto debía asomar. Entonces la conserje soltó sus aullantes espumarajos, Polo escuchó el agua hervir, recogió el balde del fuego, arrojó las trizas de sábana adentro y regresó al pie de la cama a recibir, no la esperada cabeza, sino dos pequeñísimos pies azules. El vientre de Madame Zaharia gimió con las contracciones del océano y el muñón de Polo Phoibee latió como un mármol que añora la compañía de su pareja.

Cuando el niño nació con los pies por delante y una vez que



Polo nalgueó a la criatura, cortó el cordón, amarró el ombligo, arrojó la placenta al balde y trapeó la sangre, hizo ciertas cosas en añadidura: miró el sexo masculino del infante, contó seis dedos en cada pie, tomó un poco de agua entre los dedos, la roció sobre la coronilla de este ser tan nuevo como decepcionante como excepcional; murmuró:

—Ego baptizo te: Iohannes Agripa.

Al hacerlo guiñó el ojo en dirección de la foto del recio "poilu" muerto durante la olvidada guerra de las trincheras, que fue el marido certificado, primero y único, de la anciana Madame Zaharia; colocó al niño en brazos de la vieja de ojos azorados, se lavó las manos y, sin volver a mirar, salió de la pieza con la satisfacción del deber cumplido.

¿Realmente? Abrió el pesado portón que da a la Rue de Ciseaux, esa estrechísima calleja que lleva siglos corriendo, imperturbable, de la Rue de Four al Boulevard Saint Germain, y debió luchar contra una nueva alarma que se quería imponer a su deseo de gozar esta gloriosa mañana de julio. ¿El mundo rejuvenecía o envejecía? Como la calle, la cabeza de Polo Phoibee era una esquina bañada por el sol y un sombrío desierto.

El café Le Bouquet, de suyo tan concurrido, invitaba con las puertas abiertas y las mesas y sillas sobre la acera; pero en el muro de espejos detrás de la barra sólo se reflejaban las ordenadas filas de botellas verdes y ambarinas y en el largo pasamanos de cobre apenas se distinguía el anonimato de apresuradas huellas digitales. La televisión había sido desconectada y unas abejas zumbaban cerca del muestrario de cigarrillos. Polo alargó la mano y bebió, directamente de la botella, un trago de anís. Luego buscó detrás de la barra y encontró los dos cartones que anunciaban el bar-café-tabaquería. Metió la cabeza entre los cartones y ajustó los tirantes de cuero que los unían sobre sus hombros. Habilitado en hombre-sandwich, salió de nuevo a la Rue du Four y ya no se preocupó al pasar al lado de los negocios abiertos y abandonados.

En el joven cuerpo de Polo Phoibee se escondía, quizás, un viejo optimismo. Emparedado entre los anuncios, no sólo cumplía el trabajo por el que recibía un modesto estipendio. Repetía, además, la regla de seguridad según la cual cuando un tren subterráneo se detiene durante más de diez minutos y las luces se apagan, lo indicado es seguir leyendo el periódico como si nada ocurriera. Polo Avestruz. Mientras a él no le sobrevinieran accidentes como el de Madame Zaharia (¿y quién metería la mano en el fuego, dados los tiempos que corren?) no tenía por qué interrumpir el ritmo normal de su existencia. No. Mucho más: Polo Phoibee continúa creyendo que el sol sale todos los días y que cada nuevo sol anuncia un día nuevo, un día que ayer fue futuro y que hoy prometerá un mañana en el instante de cerrar una página imprevisible e irrepitable del tiempo. Sumergido en estas reflexiones, Polo no advirtió que un humo cada vez más espeso lo envolvía. Con la inconciencia de la costumbre, había dirigido sus pasos a la plaza Saint Sul-

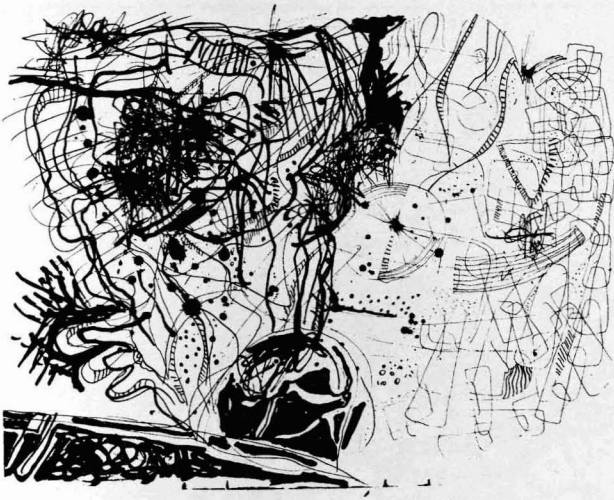
pice y se aprestaba a mostrar los cartones que le cubrían el pecho hasta las rodillas y la espalda hasta las corvas a los habituales de los cafés. Lo primero que pensó, al verse envuelto en el humo, fue que nadie podría leer las letras que recomendaban asistir, de preferencia, al Café Le Bouquet. Levantó la mirada y se dio cuenta de que ni siquiera las cuatro estatuas de la plaza eran visibles. Se dijo, idiotamente, que la humareda se originaba en las bocas de los oradores sagrados. Pero ni de los dientes de Bossuet, de los labios de Fénelon, de la lengua de Massillon o del paladar de Fléchier, asépticas cavidades de piedra, podía surgir ese olor nauseabundo, el mismo que antes le impresionó desde la ventana, ahora acentuado, más que por la cercanía, por una marcha invisible que su oído situó primero en la Rue Bonaparte y que pronto distinguió como lo que era: un rumor universal y circulante. Alargó la única mano y en seguida la retiró, espantado, para guardarla detrás del cartón que cubría su pecho: en un par de segundos, esa mano extendida había rozado tres hombros desnudos y ahora, escondidos, los dedos recordaban y conservaban el tacto de un grueso aceite, casi una manteca. Nadie lo observó; nadie pudo observarlo, en medio del humo; pero Polo sintió vengüenza por haber sentido miedo. El verdadero motivo de ese miedo no fue el descubrimiento de la veloz fila de cuerpos en marcha hacia la iglesia, sino la simple imagen de su única mano adelantada, devorada por el humo, invisible, desaparecida, mutilada por el aire. Se tocó los testículos con la mano recuperada mientras, allá arriba, su cabeza giraba en otra órbita y la razón, de nuevo triunfante, le advertía que las causas surten efectos, los efectos proponen problemas y los problemas exigen soluciones que, a su vez, se convierten, en virtud de su éxito o de su fracaso, en causas de nuevos efectos. Polo Phoibee acababa de tocar la solución.

—La insistencia es desagradable y contraproducente —le había advertido el patrón del café al contratarlo—; un par de vueltas frente a cada café rival y adiós, ale-op, rápido a otro lugar.

Polo empezó a correr lejos de la plaza Saint Sulpice, lejos del humo y el hedor y el tacto. Nadie negará que a pesar de sus ocasionales resbalones, nuestro héroe es básicamente un hombre digno; la conciencia de serlo le hizo disminuir el paso apenas vio que se acercaba al bulevar y que, a menos que todo hubiese cambiado de la noche a la mañana, allí le esperaba el acostumbrado (desde hace treinta y tres días y medio) espectáculo.

Trató de imaginar por cuál de las calles podría acercarse con menos dificultad a la iglesia, pero lo mismo desde la Rue Bonaparte que desde la Rue de Rennes que desde la Rue du Dragon desiertas pudo distinguir, en el Boulevard St.-Germain, esa masa compacta de espaldas, esa multitud alineada de seis en fondo encaramada en los árboles y sentada en gradas que habían sido ocupadas desde la noche anterior, si no antes. Se encaminó por la Rue du Dragon, por ser, de todos modos, la más alejada del espectáculo mismo y en dos zancadas alcanzó al dueño del café.





que se dirigía con su esposa y una canasta llena de pan, queso y alcachofas, al bulevar.

—Están retrasados —les dijo Polo Phoibee.

—No; es la tercera vez esta mañana que regresamos por más provisiones —le contestó el patrón con una mirada de condescendencia.

—Ustedes tienen derecho de llegar hasta las primeras filas. Qué envidia.

La patrona sonrió aprobando la fidelidad de Polo a su oficio:

—Más que derecho: obligación. Sin nosotros, morirían de hambre.

—¿Puedo unirme a ustedes?

Los dueños del Bouquet se encogieron de hombros y le dijeron con un gesto que los acompañara a lo largo de la antigua callejuela hasta la bocacalle donde la señora se colocó el cesto en la cabeza y comenzó a gritar pidiendo paso para los víveres, paso para los víveres y el patrón y Polo forzaron un camino entre la multitud festiva que se apiñaba entre los muros de las casas y las barreras levantadas por la policía al filo de la acera. Una mano se alargó para robar un queso; el patrón le pegó un manotazo:

—¡Es para los penitentes, sinvergüenza!

Y la señora le dio un coscorrón al bromista:

—¡Tú tienes que pagar; y si quieres comer gratis, hazte peregrino!

La taza dijo Polo entre dientes—. ¿Venimos a reír o a llorar?

Circo a tragedia, el evento había resucitado un sentimiento ancestral: a lo largo de la avenida, las cabezas se protegían del sol con gorros fríos, y abundaban las escarapelas tricolores y los banderines surtidos. La primera fila había sido reservada a unas cuantas viejas que, naturalmente, tejían sin cesar y lanzaban exclamaciones a medida que pasaban frente a ellas los nuevos contingentes de hombres, muchachos y niños portando banderas y cirios encendidos. Cada contingente venía presidido por un monje con sulpicio y una guadaña al hombro y todos, descalzos y fatigados, iban llegando a pie de los diversos puntos que sus pendones escarlata anunciaban con letras de brocado: Nantes, Pontoise, Donnemarie, Nemours, St. Saens, Boissy-Sans-Avoir-Peur, Senlis. Bandas de cincuenta, de cien, de doscientos hombres sucios y barbados, de muchachos que movían con dificultad los cuerpos adoloridos, de niños con manos negras, mocas y legañas, todos entonando esa cantinela obsesiva:

Piedad, piedad

Paz, paz

Piedad, piedad

Cada contingente se iba uniendo a los demás frente a la iglesia de St.-Germain, en medio de los vivas, los brindis y las bro-

mas de algunos, el sepulcral espanto y fascinación de otros, y los ocasionales, dispersos, flotantes coros que volvían a cantar La Carmagnole y Ca Ira: de la Rue du Bac al Carrefour de l'Odéon, miles de personas luchaban por un lugar de preferencia, cantaban, reían, comían, gemían, se agotaban, se abrazaban, se repelían, bromeaban entre sí, lloraban y bebían mientras los peregrinos descalzos se tomaban de las manos para formar un doble círculo frente a la iglesia, un vasto círculo cuyos extremos tocaban, al norte, la Librería Gallimard y el Café Le Bonaparte, al oeste el Café des Deux Magots, al sur Le Drugstore y la disquería Vidal y al este la propia iglesia alta, severa y techada.

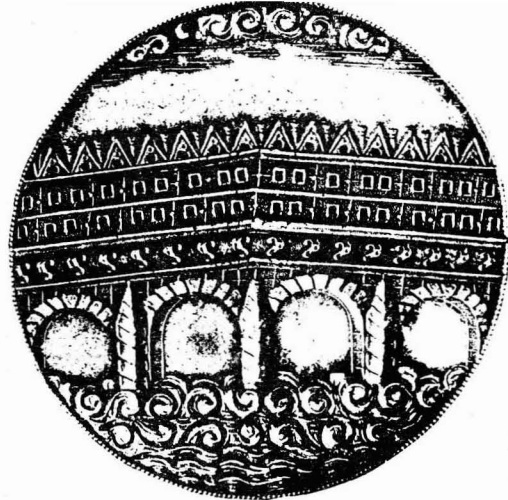
Polo y los patrones llegaron hasta la esquina de Deux Magots y allí, según lo convenido, la señora le entregó la canasta a su marido.

—Ahora vete —le dijo éste a su esposa—. Ya sabes que de las mujeres no aceptan nada.

La señora se perdió en la multitud, no sin antes musitar:

—Una novedad cada día. La vida se ha vuelto maravillosa.

Polo y el patrón se dirigieron al doble círculo de peregrinos que comenzaban a desnudarse en silencio; los más próximos, al acercarse los dos hombres con el cesto, se miraron entre sí sin dirigirse la palabra; suprimieron una exclamación y una probable alegría; cayeron de rodillas y sin levantar las cabezas humilladas frente a los dos proveedores, tomaron cada uno un pedazo de pan, otro de queso y una alcachofa y los devoraron, siempre de rodillas, con creciente prisa, pues ahora, desde el centro del círculo, avanzaba hacia ellos el monje con un látigo en la mano. Los peregrinos volvieron a inclinar las cabezas ante Polo y el patrón y terminaron de desvestirse hasta quedar, como todos los demás hombres, muchachos y niños que formaban el doble círculo, sólo con una estrecha falda de yute que les caía de la cintura a los tobillos. El monje, en el centro, hizo tronar una vez el látigo y los peregrinos del primer círculo, el interno, se dejaron caer bocabajo y con los brazos abiertos sobre el suelo, uno tras otro, lenta y sucesivamente. El murmullo impaciente, distraído o vital de la multitud comenzó a apagarse. Ahora, cada hombre, muchacho o niño que seguía de pie detrás de los que se habían postrado, abrió las piernas y pasó encima de un cuerpo yacente, rozándolo con un látigo. Pero en el enorme círculo, no todos descansaban bocabajo y con los brazos abiertos. Algunos adoptaron posturas grotescas y Polo, al recorrer el círculo con la mirada, pudo repetir, casi ritualmente, los nombres capitales que merecían esos puños crispados con ira, esas manos apretadas con avaricia contra el pecho, esos cuerpos apartados y verdosos, esas delgadas grupas agitadas sin contención, esos vientres mostrados con satisfacción y plenitud al sol, esas poses soberanas de desdén y de soberbia, esas cabezas apoyadas dócilmente contra una mano exangüe, esos buches groseros y esos ojos codiciosos. A ellos se dirigió el monje y una sábana de silencio descendió sobre la multitud: el látigo tronó primero en



el aire, en seguida contra los puños, las manos, las grupas, los vientres, las cabezas, los ojos, los labios. Casi todos retuvieron los gritos, alguno sollozó, la mayoría continuó postrada bocaba-jo: todos los niños, casi todos los muchachos, algunos hombres. A cada latigazo, el monje repetía la fórmula:

—Levántate, por el honor del santísimo martirio. Cualquiera que diga o piense que los cuerpos humanos resucitarán en forma de esfera y sin parecido con el cuerpo que tuvimos, anatemizado sea...

Y la repitió también cuando se detuvo frente al viejo de espaldas cargadas y canosas que crispaban los puños a un paso de Polo. Nuestro joven y bello amigo se sacudió y se mordió un dedo con cada latigazo que hería las manos purpurinas del penitente; sintió que en torno a él, la cerrada multitud se sacudía y se mordía los dedos como él, idéntica a él y que, como él, nadie tenía ojos sino para el fuste del monje y las manos golpeadas. Sin embargo, una fuerza superior obligó a Polo Phoibee a levantar la mirada. Al hacerlo, encontró la del monje. Oscura. Perdida en el fondo de la cofia. Una mirada sin expresión in-crustada en el rostro sin color.

El monje fustigó por última vez al viejo de domeñada iracundia y repitió la fórmula, mirando directamente a Polo. Polo ya no escuchó las palabras: sólo pudo oír la voz sin timbre, jadeante, como si el monje respirase por esa boca abierta y fuese incapaz de cerrarla jamás; tal era el peso de la mandíbula prógnata que emergía audazmente de la cofia para recibir una blanca mancha de luz. El monje dio la espalda a Polo y regresó al centro del círculo.

El primer acto había terminado y una ruidosa exclamación surgió de las gargantas; las viejas hicieron chocar las agujas entre sí; los hombres gritaron; los niños agitaron las ramas de los castaños y plataneros donde estaban encaramados. Un nuevo latigazo en el aire y un nuevo silencio. Los penitentes se pusieron de pie. Tenían en la mano un fuste con seis correas terminadas en puntas de fierro. El monje entonó un himno y Polo apenas pudo escuchar las primeras palabras:

—Nec in aerea vel quali bet alia carne (ut quidam delirant) surrecturos nos credimus, sed in ista, qua vivimus, consistimus et movemur.

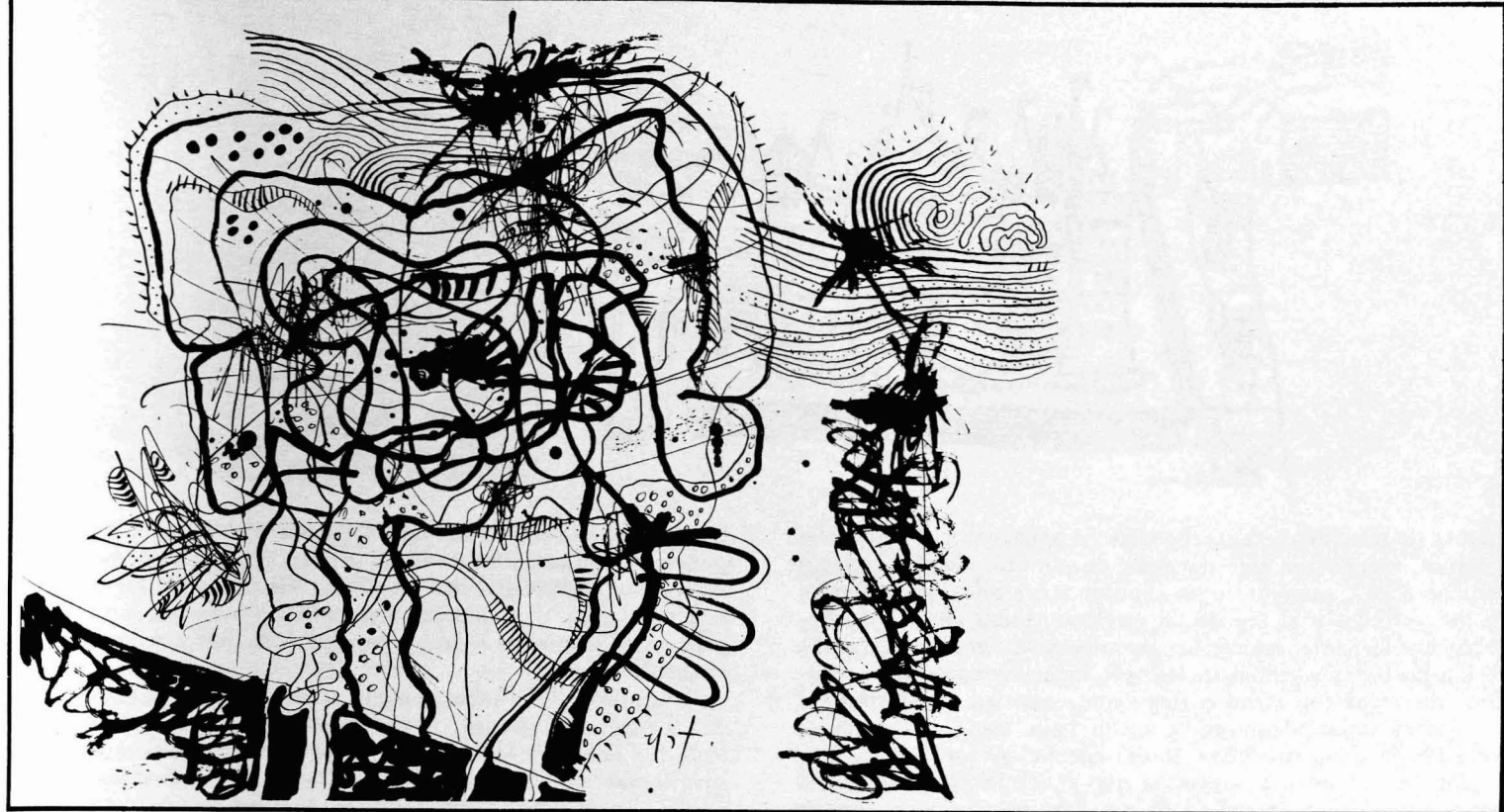
Nuevas y antiguas, viejas y jóvenes de treinta y tres días y media jornada, las palabras iniciales del oficiante eran esperadas, pero fueron recibidas con el mismo asombro que las nimbo la primera vez que este hombre encapuchado y prógnata tomó su lugar en el centro del doble círculo de penitentes frente a la iglesia de Saint Germain y por primera vez las cantó. Parece que en aquella lejanísima ocasión el público permaneció en silencio hasta el final del himno. Pero esta vez, como si todos intuyeran que las oportunidades de la excitación inédita tendrían que volverse cada vez menos frecuentes o por lo menos, menos excitantes, el monje cantó las primeras palabras y la multitud estalló en gritos y sollozos. Ese aullido, eco de sí mismo, larguí-

sima y ululante onda lanzada de voz en voz, agotada en una esquina, resucitada en la siguiente, perdida entre dos manos, recuperada entre dos alientos, era sólo una vasta onomatopeya. Los penitentes miraban al cielo y cantaban, el monje los exhortaba a la oración, a la piedad y al terror de los días por venir y los látigos golpeaban las espaldas desnudas con un chasquido rítmico que sólo se interrumpía cuando un punzón de metal se clavaba en la carne de un penitente, como ahora: ese joven cuya cabellera rizada formaba una aureola negra y fugaz bajo el sol, aulló por encima del anticipado grito de la multitud, de los gemidos de sus compañeros y de la cantinela del monje; al chasquido de cuero sobre la piel se unió el rasgar de fierro contra carne; el joven delgado, capturado dentro del movimiento rítmico, circular, perpetuo, de los flagelantes, se arrancó el dardo del muslo; el chorro de sangre manchó el muro de la abadía; entonces Polo se dijo que la carne del muchacho, más que morena, era una delgada inflamación azul, tumefacta. Vio en los ojos del flagelante herido una fugaz agonía y en su frente un mapa de arterias palpitantes y una coraza de sudores fríos. La noticia fue comunicada de boca en boca por la multitud, hasta estallar en una patética ovación, mezcla de misericordia y placer. Polo dio la espalda al espectáculo y avanzó hacia la Plaza Furstenberg, abriéndose paso gracias a esos cartones que eran, también, su coraza, las astas de su molino inválido.

La plaza no había sido tocada. Polo se sentó en una banca y admiró el recogimiento simétrico de este remanso de flamboyanes en flor y redondos faroles blancos. Se tapó las orejas con las manos: París era una imagen: la patrona se alejaba con gratitud; la vida se había vuelto maravillosa; la desesperada rutina había sido rota. Para ella (¿para cuántos más?) las cosas volvían a tener un sentido; para muchos (¿para ella también?) la existencia encontraba de nuevo un imaginario, una correspondencia con lo que, distinto de la vida, identifica a la vida. Los labios del monje se movían; sus palabras eran ahogadas por el estrépito del público y flagelantes. Polo no tenía pruebas de que el hombre de la mirada muerta hubiese realmente dicho lo que ahora, sentado en la banca, nuestro joven amigo le atribuía, sin entender el corolario de esa sencillísima proposición en París esa mañana había habido una patrona de café encarnada de la vida.

—Seamos prácticos —se dijo Polo Phoibee—. Es matemáticamente exacto que esta mañana me he paseado entre varios miles de espectadores. Nunca tantas personas han podido ver, de un solo golpe, los anuncios del Café Le Bouquet. Es cierto que nadie se dio cuenta. Mis carteles no podían competir con el espectáculo. De manera que el día en el que más gente pudo recibir el impacto publicitario perseguido por el patrón ha sido el día en que menos gente estaba dispuesta a dejarse seducir por un anuncio. Ni la abundancia de público, ni su desinterés son culpa mía. Da igual que me pasee entre las multitudes o lo largo de las calles más solitarias.



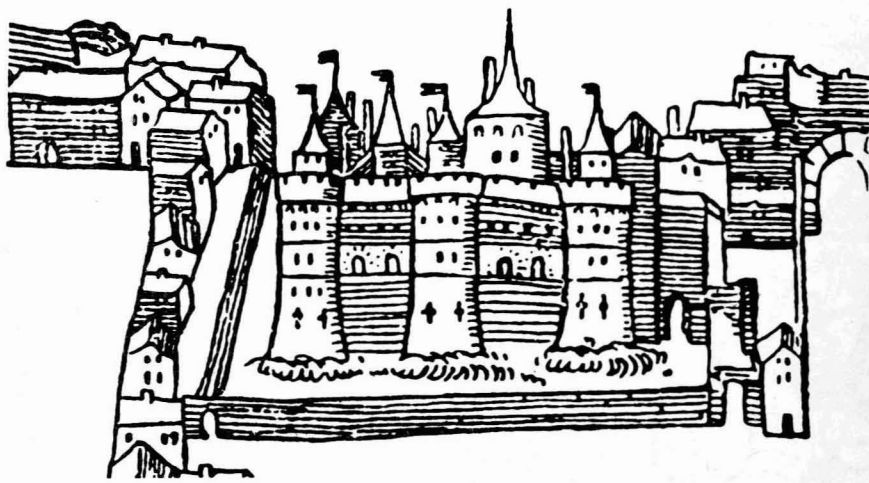


La reflexión ni lo alentó ni lo desanimó. Además, las nubes se estaban acumulando en el occidente y pronto correrían a gran velocidad para encontrarse con el sol que marchaba en sentido contrario. El hermoso día de verano se iba a estropear. Con un suspiro, Polo se puso de pie y caminó por la Rue Jacob, ni lenta ni apresuradamente, conservando una especie de simetría imposible, mostrando el perfil de los cartones a las vitrinas de las casas de antigüedades, deteniéndose a veces para admirar algunas minucias: tijerillas de oro, lupas antiguas, autógrafos famosos, diccionarios miniatura, pequeñísimos puños de plata. La serenidad absoluta de las calles estuvo a punto de devolver la calma a su espíritu. Pero, se dijo al verse reflejado en un aparador, ¿cómo puede un manco ser realmente ecuánime? Las nubes negras avanzaban con velocidad superior a la prevista y en el estrecho cañón de la Rue de L'Université la luz y la sombra se sucedían como latidos de corazón. Es la sombra de las nubes y la luz del sol, se iba repitiendo, Polo, o es una sartén que hace bromas en el cielo, pero no es, no es, no es todavía el humo de Saint Sulpice, extrañamente suspendido sobre la plaza, inmóvil. Aquel humo prometía ceniza; esta nube, lluvia. Polo bajó por la Rue de Beaune al Sena, murmurando algunas palabras de su poema bautismal: *he cantado a las mujeres en tres ciudades, pero todas son una...*

Allí estaban, a lo largo del Quai Voltaire, las jóvenes y las viejas, las plenas y las magras, las gozosas y las inconsolables, las serenas y las intranquilas, recostadas en ambos lados de la acera, unas acodadas contra el parapeto del muelle, otras acurrucadas al pie de los edificios, todas iluminadas y oscurecidas por el veloz juego de las nubes y el sol de julio. Ese inmenso, gratuito y ferviente reflector revelaba, con cada parpadeo contrario, que la ciudad era un espacio abierto y que al mismo tiempo la ciudad era una cueva. Y si en Saint Germain todo era alboroto, aquí todo volvía a ser, como en Saint Sulpice, un silencio punteado por leves rumores: a la marcha de los pies descalzos en la plaza correspondía el suavísimo llanto en los muelles. Hasta donde la mirada alcanzaba —el puente Alejandro III de un lado, el de Saint-Michel del otro— las mujeres yacían en las aceras y otras mujeres las ayudaban. El milagro

singular de Madame Zaharia era el milagro colectivo de los muelles: las señoras, de todas las edades, formas y condiciones, parían.

Polo Phoibee se abrió paso entre las parturientas, confiado, acaso, en que alguna de ellas tuviese el humor de leer las palabras pintadas sobre los cartones que golpeaban las rodillas y las corvas y, una vez superadas las contingencias actuales, se encontrase en buena disposición para ir al café anunciado. No se hizo muchas ilusiones. Envueltas en sábanas, en batas, en toallas, con las medias enrolladas hasta el tobillo y las faldas levantadas hasta el ombligo, las mujeres de París parían, se preparaban a parir o acababan de parir; las últimas eran desalojadas eventualmente por las mismas comadronas improvisadas que las habían asistido y que en seguida se preparaban para atender a las recién llegadas que formaban cola sobre los dos puentes extremos, Alejandro III y Saint-Michel. Los inmuebles con vista al río habían sido desalojados y las mamás con sus bebés eran conducidas a ellos una vez que se agotaba la debida pausa entre el parto, la reticente celebración del recién venido y una ligera siesta al aire libre. No eran estos detalles administrativos los que inquietaban a Polo Phoibee mientras caminaba entre las figuras yacentes, las quejas reprimidas y el regurgitar de niños, sino las miradas que le dirigían las propias mujeres. Quizás algunas, las más jóvenes, lo confundían con el posible padre que, de seguro, en ese instante estaba celebrando a los flagelantes frente a la iglesia de Saint Germain; ciertas miradas eran de esperanza y otras de desilusión; pero, como suele suceder, aquéllas pronto se trocaban en veladas decepciones, en tanto que éstas se dejaban vencer por una falsa expectativa: Polo estaba seguro de que ni uno de esos recién nacidos era obra suya. Algunos niños reposaban sobre el seno materno; otros eran alejados con cólera y espanto por las propias madres y arrullados a regañadientes por las comadronas; la beatitud de algunas muchachas y la resignación de ciertas mujeres no era, sin embargo, el signo común de este tercer espectáculo del julio parisino: muchas jóvenes, y más mujeres, compartían con las viejas una doble expresión estupefacta y pícara. Las ancianas, algunas erguidas con dignidad, otras encorvadas como un báculo de pastor; las viejitas, hasta ayer entregadas a sus recuerdos, a sus gatos, a sus pro-



gramas de televisión y a sus botellas de agua caliente; esos pergaminos octogenarios que caminan de puntitas por las calles y regañan a los transeúntes; esos vetustos acorazados que disputan en los mercados y al pie de las escaleras; todas ellas, la formidable, espeluznante, entrañable gerontocracia femenina de París, abrían las bocas y guiñaban los ojos, indecisas entre dos actitudes: interrogar con azoro o fingir que conocían un secreto.

Algunas viejas alargaron la mano para tocar la pierna de Polo Phoibee; nuestro héroe se dio cuenta de que una de ellas le daba a entender a su vecina que él, el joven rubio y hermoso, era el padre inconfeso de esa criatura amoratada que la anciana agitaba como una sonaja. La ronda del chisme estuvo a punto de formarse y sus consecuencias hubiesen sido imprevisibles. La mirada argüendera de la viejita paralizó a Polo Phoibee; por un instante, se imaginó rodeado por una jauría de mujeres ilusas, primero las viejas, luego las maduras, finalmente las muchachas; todas arrojadas sobre él, besándolo, arañándolo, pellizcándolo, exigiéndole que reconociera la paternidad. Pero Polo tuvo la sangre fría de devolverle la mirada a la decrepita señora que lo aludía con la suya. Y su mirada también paralizó a la anciana, la obligó a fruncir el ceño y menear tristemente la cabeza. Apretó a la criatura contra sus labios, lloriqueó con el mentón tembloroso y en sus ojos aparecieron la estupidez y el terror. Polo, al mirarla, sin proponérselo, había dejado que una sola imagen pasara por su mente: una fila de hombres descalzos, escondidos en el humo, entraban al espantoso hedor de la iglesia de Saint Sulpice.

Nunca se sabrá si Polo comunicó la imagen a la vieja, y no importa; lo que él quería en ese momento no era poner a prueba sus poderes de telepatía sino liberarse, él mismo, del recuerdo y la intuición de Saint Sulpice. Para ciertos hombres buenos, el desorden es el mal. Esta limitación cotidiana les permite, en situaciones de excepción, encontrar la paz donde parecería no haberla. Frente a Polo, del otro lado de la acera, se tendía el Pont des Arts, herrosa comunicación entre el Quai de Conti y el Louvre. El puente partía del disimulado escándalo de ese hospital de parturientas improvisado al aire libre (ya no tardaba en llover, ¿y entonces?) y cruzaba sobre la hirviente y estruendosa anarquía de las aguas. En el centro de estos signos de la catástrofe, el puente mismo era un solitario remanso. Imposible saber por qué motivo las mujeres congestionaban los demás accesos a los muelles y evitaban éste. Reglamento, libre decisión o temor no declarado, el hecho es que nadie transitaba por el Pont des Arts, que de esta manera brillaba con un solitario equilibrio. Polo tuvo la sensación de dirigirse a un punto que sería el fiel de la balanza en una ciudad de platillos cargados, en ambas márgenes del río, con un excesivo peso de humo y de sangre, subió las escaleras del puente y no pudo creer lo que veía. El amplio trazo del Sena hasta dividirse en la Ile de la Cité, el perfil vidrioso del nuevo Louvre, la corona de la tormenta sobre las torres trucas de Notre Dame. Las transfor-

maciones, hasta hace unos minutos consideradas como portentosas, parecían ahora detalles insignificantes; una bajísima bruma revestía la superficie del río y ocultaba las ruinas de las barcas; la ciudad y su cielo habían generado un nuevo aire de cristal y luz, una franja de vidrio y oro entre la tierra y la tormenta suspendida.

Una muchacha estaba sentada a la mitad del puente. De lejos, a contraluz, era un punto negro y recortado. Al acercarse, Polo fue llenando ese perfil de color, pues el pelo recogido en una trenza era amarillo, el largo batón morado y los collares verdes. La muchacha dibujaba sobre el asfalto del puente. No levantó la vista cuando Polo llegó junto a ella y añadió a su descripción: tez delgada y firme como una taza china, naricilla levantada, labios tatuados. Dibujaba con tizas, como durante años lo habían hecho centenares de estudiantes que aquí reproducían cuadros famosos, o inventaban nuevas figuras, para solicitar la ayuda del transeúnte a fin de pagarse los estudios, completar un viaje o iniciar el regreso al hogar. En otras épocas, una de las alegrías de la ciudad era pasear por este puente leyendo las *gracias* escritas con tiza en todos los idiomas del mundo y escuchando la caída de las monedas y el guitarreo de los jóvenes que al atardecer cantaban baladas de amor y de protesta. Ahora, sólo esta muchacha dibujaba allí, concentrada en la banalidad de su torpe ejecución; un árbol desnudo en el medio de un huerto invernal; pero un árbol cuya copa semejaba una horca. Polo Phoibee se detuvo frente a la muchacha y pensó que los labios eran mucho más interesantes que el dibujo; un tatuaje violeta, amarillo y verde los cubría en serpientes caprichosas, libres para adaptarse a los movimientos de la boca, sometidos a ella y a la vez independientes de ella; el tatuaje era una boca aparte, una segunda boca y también sólo la boca de la muchacha, pero perfeccionada, enriquecida por los contrastes de color que resaltaban y profundizaban cada brillo de saliva y cada arruga inscrita en la plenitud de los labios. Una gota redonda, luego otra más gruesa, y otra más, cayeron sobre el dibujo. Polo miró al cielo oscuro y la muchacha miró a Polo y él, sin mirarla a ella, pensó primero en el dibujo borrado por la lluvia y en seguida, inexplicablemente, en una frase que durante varios días lo había rondado, inexpressada hasta este preciso instante. Los labios tatuados se movieron y dijeron lo que él pensaba: —Increíble el primer animal que soñó con otro animal.

Polo sintió un impulso de huir; giró la cabeza hacia los muelles y ya no había nada allí: sin duda, la lluvia cada vez más tupida había obligado a las parteras y a las parturientas a buscar refugio. La muchacha movió los labios tatuados mientras miraba fijamente uno de los cartones que Polo venía mostrando desde el café de la Rue de Ciseaux. La calma regresó al cuerpo del bello mutilado; la calma se transformó en orgullo y Polo se dijo que ojalá y los vieses ahora los patrones, ojalá; nadie, nunca había mirado con semejante intensidad y ojos tan grises (¿eh? el anuncio de Le Bouquet; Polo infló el pecho: había justificado





su salario; lo desinfló: se estaba conduciendo como un idiota; bastaba ver los ojos de la muchacha para saber que no estaba leyendo el insípido anuncio del café. Ahora llovía intensamente, el dibujo se escurría hacia el río en espirales de color opaco, seguramente las letras del anuncio estaban siendo lavadas de la misma manera y sin embargo la muchacha continuaba leyendo con el ceño fruncido y una mueca indescriptible de los labios tatuados. Se levantó y avanzó, bajo la lluvia, hacia Polo Phoi-bee. Polo retrocedió. La muchacha le tendió la mano.

—Salve. Te he estado esperando toda la mañana. Llegué anoche, pero no quise molestarte. Además, preferí recorrer las calles a solas. Soy mujer (sonrió); me gusta recibir las sorpresas sin compañía y las razones más tarde y de boca de un hombre. ¿Por qué me miras con extrañeza? ¿No te dije que hoy vendría a visitarte? Hicimos un voto, ¿recuerdas?, de volvernos a encontrar en este puente este preciso día. Pero no entiendo muy bien. El año pasado el puente era de madera. ¿De qué está hecho ahora? No, no me contestes aún. Escúchame hasta el final. Estoy muy cansada. El viaje desde Brujas es largo y difícil. Las ventas están atestadas y los caminos son cada día más peligrosos. Las bandas avanzan con una rapidez tal que sólo puede ser explicada por la asistencia diabólica. El terror cunde en Flandes. Han quemado las tierras, las cosechas, los establos. Asaltan y destruyen los monasterios, las iglesias y los palacios. Son terribles: asesinan a todos los que no se unen a su cruzada; siembran el hambre a su paso. Y son magníficos: todos los miserables, los vagabundos, los aventureros y los enamorados se unen a ellos. Han prometido que los pecados no serán castigados y que la pobreza borraré las culpas. Dicen que no hay más culpa que la corrupción de la avaricia y más salvación que desprenderse de todo lo que se posee. Proclaman que todos somos divinos y por ello todas las cosas son comunes. Anuncian la vecindad de un nuevo reino y dicen vivir en perfecta alegría. Yo los he visto. Son un ejército turbulento de limosneros, de fornicadores, de locos, de idiotas, de sacerdotes renegados, heremitas exaltados, maestros que han abandonado sus claustros y estudiantes que profetizan la encarnación de las ideas imposibles. Al frente de ellos viene un monje, yo lo he visto: una mirada sin expresión, un rostro sin color y una inmensa quijada; yo lo he escuchado: una voz sin timbre, jadeante. Vine a avisarte, como te prometí. Ahora tú debes explicarme todo lo que no entiendo. ¿Por qué ha cambiado tanto la ciudad? ¿Qué significan las luces sin fuego? ¿Las carretas sin bueyes? ¿Las caras pintadas de las mujeres? ¿Las voces sin boca? ¿Los libros de horas pegados en los muros? ¿Las ilustraciones que se mueven? ¿Los tendedores sin ropa que cuelgan entre las casas? ¿Las jaulas que suben y bajan sin pájaros? ¿El humo que sale de los infiernos? ¿La comida calentada en frío y la nieve guardada en cajas? Ven: tómame en tus brazos y cuéntamelo todo...

Lo dijo reconociendo a Polo y aunque Polo era reconocido todos los días, en virtud de sus ocupaciones, por toda la gente

del barrio, esta vez ser reconocido significaba algo, mucho, más. Alrededor de él, en toda la ciudad, estaban naciendo niños, estaban muriendo hombres; cada niño sería bautizado y cada hombre enterrado bajo una losa con un nombre propio. Polo retrocedió y la muchacha avanzó. El viento agitaba el ropón morado y la lluvia bañaba el rostro y el pelo, pero los labios eran indelebles y se movían en silencio.

—¿Qué te pasa? ¿No me reconoces? ¿No te dije que regresaría hoy?

Naciese o muriese, él era Polo, sería bautizado como Polo y enterrado como Polo, reconocido como Polo en su alfa y en su omega. Los ojos grises de la muchacha lo reconocían; pero los labios pronunciaban, sin palabras, otro nombre. ¿Quién estaba naciendo? ¿Quién estaba muriendo? ¿Quién podría reconocer a un cadáver en uno de esos niños recién paridos en los muelles del Sena? ¿Quién ha sobrevivido para reconocermé?: Polo se dijo, confusamente, todas estas cosas y pensó que sólo tenía un recurso: trató de leer las palabras escritas sobre el cartón que portaba en el pecho; pero las letras estaban escritas para que las leyera el público, no él; y al ladear la cabeza para descifrarlas, luchando contra el viento que le arremolinaba la larga cabellera sobre el rostro y contra la lluvia que le corría por las cejas y las pestañas, luchando contra el olfato de uñas quemadas y el tacto de sudor, aceite y placenta, luchando contra las palabras que había pronunciado sin entender, dictadas por una memoria de resurrecciones, ego baptiso te, Iohannes Agripa., Polo perdió el equilibrio.

Y la muchacha, por cuya mirada pasaban las mismas interrogantes, las mismas memorias, las mismas supervivencias, alargó el brazo para tomar el de Polo. Cómo iba a saber que nuestro héroe era manco. Ella se quedó prendida al aire, con la mano arañada por los alfileres, y Polo cayó. Por un instante los dos cartones blancos semejaron las alas de Ícaro; en seguida, el rubio y hermoso joven se hundió en el hirviente Sena y su grito fue secuestrado por la bruma implacable, lenta y silenciosa.

La muchacha clavó las manos en el barandal de fierro del puente, trató de mirar las aguas ocultas por esa niebla casi inmóvil y colgó la cabeza. Permaneció así durante algunos minutos. Luego regresó al centro del puente y volvió a sentarse allí, con las piernas cruzadas y el busto erguido, dejando que el viento y la lluvia jugaran con su pelo y la más desinteresada contemplación con su espíritu. Entonces, en medio de la tormenta, una lucecilla ínfima descendió hacia el puente y la muchacha levantó la cabeza y la miró. En seguida ocultó el rostro entre las manos y la esfera de luz, que era una paloma blanca, se posó en la coronilla de la muchacha. Pero apenas lo hizo, la lluvia comenzó a despintar su albeante plumaje, y a medida que la paloma mostraba su verdadero color, la muchacha repetía en silencio, una y otra vez:

—Quiero que escuches una historia: airotsih anu sehcucese euq oreiuq...